

Todos disculpaban mis estravíos y canonizaban mis toscos errores con la antigua y mal repetida cantinela de *déjelo vd.: es niño: es propio de su edad: no sabe lo que hace: ¿cómo ha de comenzar por donde nosotros acabamos?* y otras tonteras de este jaez, con cuyas indulgencias se pervertía más mi madre, y mi padre tenía que ceder á su impertinente cariño. ¡Qué mal hacen los hombres que se dejan dominar de sus mujeres, especialmente acerca de la crianza ó educación de sus hijos!

Finalmente, así viví en mi casa los seis años primeros que ví el mundo. Es decir: viví como un mero animal, sin saber lo que me importaba saber, y no ignorando mucho de lo que me convenia ignorar.

Llegó por fin el plazo de separarme de casa por algunos ratos, quiero decir: me pusieron en la escuela, y en ella ni logré saber lo que debía, y supe como siempre, lo que nunca habia de haber sabido, y todo esto por la irreflexiva disposición de mi querida madre; pero los acaecimientos de esta época, os los escribiré en el capítulo siguiente.

REPOSICION DE LIBRO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
1875

CAPITULO II.

En el que PERIQUILLO da razon de su ingreso á la escuela, los progresos que hizo en ella, y otras particularidades que sabrá el que las leyere, las oyere leer, ó las preguntare.

HIZO sus mohinas mi padre, sus pucheritos mi madre, y yo un monton de alharacas y berrinches revueltos con mil lágrimas y gritos; pero nada valió para que mi padre revocara su decreto. Me encajaron en la escuela mal de mi grado.

El maestro era muy hombre de bien; pero no tenia los requisitos

necesarios para el caso. En primer lugar era un pobre, y emprendió este ejercicio por mera necesidad, y sin consultar su inclinacion y habilidad; no era mucho que estuviera disgustado como estaba, y áun avergonzado en el destino.

Los hombres creen (no sé por qué) que los muchachos por serlo, no se entretienen en escuchar sus conversaciones ni las comprenden; y fiados en este error, no se cuidan de hablar delante de ellos muchas cosas que alguna vez les salen á la cara, y entónces conocen que los niños son muy curiosos y observativos.

Yo era uno de tantos, y cumplia con mis deberes exactamente.

Me sentaba mi maestro junto á sí, ya por especial recomendacion de mi padre, ó ya porque era el más bien tratadito de ropa que habia entre sus alumnos.

No sé qué tiene un buen exterior que se respeta hasta en los muchachos.

Con esta inmediacion á su persona no perdía yo palabra de cuantas proferia con sus amigos. Una vez le oí decir platicando con uno de ellos: “solo la maldita pobreza me puede haber metido á escuela; ro; ya no tengo vida con tanto muchacho condenado: ¡qué traviesos que son y qué tontos! por más que hago no puedo ver uno “aprovechado. ¡Ah, fucha en el oficio tan maldito! ¡Sobre que ser “maestro de una escuela es la última droga que nos puede hacer el “diablo!.....” Así se producía mi buen maestro, y por sus palabras conoceréis el candor de su corazón, su poco talento y el concepto tan vil que tenía formado de un ejercicio tan noble y recomendable por sí mismo, pues el enseñar y dirigir la juventud es un cargo de muy alta dignidad, y por eso los reyes y los gobiernos han colmado de honores y privilegios á los sabios profesores; pero mi pobre maestro ignoraba todo esto, y así no era mucho que formara tan vil concepto de una tan honrada profesion.

En segundo lugar, carecía como dije, de disposición para ella, ó de lo que se dice genio. Tenía un corazón muy sensible, le era re-

pugnante el afligir á nadie, y este suave carácter lo hacia ser demasiado indulgente con sus discípulos. Rara vez les reñía con aspereza, y más rara los castigaba. La palmeta y disciplina tenían poco que hacer por su dictámen; con esto los muchachos estaban en sus glorias, y yo entre ellos, porque hacíamos lo que se nos antojaba impunemente.

Ya ustedes verán, hijos míos, que este hombre, aunque bueno de por sí, era malísimo para maestro y padre de familia; pues así como no se debe andar todo el día sobre los niños con el azote en la mano como cómitre de presidio, así tampoco se les debe levantar del todo. Bueno es que el castigo sea de tarde en tarde, que sea moderado, que no tenga visos de venganza, que sea proporcionado al delito, y siempre despues de haber probado todos los medios de la suavidad y la dulzura para la enmienda; pero si estos no valen, es muy bueno usar del rigor segun la edad, la malicia y condicion del niño. No digo que los padres y maestros sean unos tiranos, pero tampoco unos apoyos ó consentidores de sus hijos ó encargados. Platon decia, que no siempre se han de refrenar las pasiones de los niños con la severidad, ni siempre se han de acostumbrar á los mimos y caricias. (1)

La prudencia consiste en poner medio entre los dos extremos.

Por otra parte, mi maestro carecia de toda la habilidad que se requiere para desempeñar este título. Sabia leer y escribir, cuando más, para entender y darse á entender, pero no para enseñar. No todos los que leen saben leer. Hay muchos modos de leer, segun los estilos de las escrituras. No se han de leer las oraciones de Ciceron como los anales de Tácito, ni el panegírico de Plinio como las comedias de Moreto. Quiero decir, que el que lee debe saber distinguir los estilos en que se escribe, para animar con su tono la lectura, y entónces manifestará que entiende lo que lee y que sabe leer.

(1) *Líb. VII de legibus,*

Muchos creen que leer bien consiste en leer aprisa, y con tal método hablan mil disparates. Otros piensan [y son los más] que en leyendo conforme á la ortografía con que se escribe quedan perfectamente. Otros leen así, pero escuchándose y con tal pausa, que molestan á los que los atienden. Otros por fin, leen todo género de escritos con mucha afectacion, pero con cierta monotonia ó igualdad de tono que fastidia. Estos son los modos más comunes de leer, y vosotros ireis experimentando mi verdad, y vereis que no son los buenos lectores tan comunes como parece.

Cuando oyéreis á uno que lee un sermón como quien predica, una historia como quien refiere, una comedia como quien representa, etc., de suerte que si cerrais los ojos os parece que estais oyendo á un orador en el púlpito, á un individuo en un estrado, á un cómico en un teatro, etc., decid: éste sí lee bien; mas si escuchais á uno que lee con sonsonete ó mascando las palabras, ó atropellando los renglones, ó con una misma modulacion de voz; de manera que lo mismo lea las *noches de Young* que el *todo fiel cristiano* del catecismo, decid sin el menor escrúpulo, Fulano no sabe leer, como lo digo ahora de mi primer maestro. Ya se ve, era de los que deletreaban e, a, ca: e, e, que: e, i, qui, etc., ¿qué se podia esperar?

Y si esto era por lo tocante á leer, por lo que respecta á escribir, ¿qué tal seria? tantito peor, y no podia ser de otra suerte; porque sobre cimientos falsos no se levantan jamás fábricas firmes.

Es verdad que tenia su tintura en aquella parte de escritura que se llama *caligrafía*; porque sabia lo que eran trazos, finales, perfiles, distancias, proporciones, etc., en una palabra, pintaba muy bonitas letras; pero en esto de *ortografía* no habia nada. Él adornaba sus escritos con puntos, comas, interrogaciones y demás señales de éstas; mas sin órden, método ni instruccion; con esto salian algunas cosas suyas tan ridículas, que mejor hubiera sido no haberlas puesto ni una coma. El que se mete á hacer lo que no entiende, acertará una vez, como el burro que tocó la flauta *por casualidad*, pero las

más ocasiones echará á perder todo lo que haga, como le sucedía á mi maestro en ese particular, que donde habia de poner dos puntos ponía coma; en donde ésta tenia lugar, la omitía; y donde debia poner dos puntos, solia poner punto final: razon clara para conocer desde luego que erraba cuanto escribia; y no hubiera sido lo peor que solo hubieran resultado disparates ridículos de su maldita puntuacion; pero algunas veces salian unas blasfemias escandalosas.

Tenia una hermosa imágen de la Concepcion, y le puso al pié una redondilla que desde luego debia decir así:

*Pues del Padre celestial
Fué María la Hija querida,
¿No habia de ser concebida
Sin pecado original?*

Pero el infeliz hombre erró de medio á medio la colocacion de los caractéres ortográficos, segun que lo tenia de costumbre, y escribió un desatino endemoniado y digno de una mordaza, si lo hubiera hecho con la más leve advertencia, porque puso:

*¿Pues del Padre celestial
Fué María la Hija querida?
No, habia de ser concebida
Sin pecado original.*

Ya ven vdes. que expuesto está á escribir mil desatinos el que carece de instruccion en la ortografía, y cuán necesario es que en este punto no os descuideis con vuestros hijos.

Es una lástima la poca aplicacion que se nota sobre este ramo en nuestro reino. No se ven sino mil groseros barbarismos todos los dias, escritos públicamente en las velerías, chocolaterías, estanquillos, papeles de las esquinas, y aún en el cartel del coliseo. Es corriente ver una mayúscula entremetida en la mitad de un nombre

ó verbo, unas letras por otras, etc. Como [v. gr.] *ChocolaTeVía famosa. Rial estanquiyo de puros y cigarros. El Barbero de Cebilla. La Horgullosa. El Sebero Dictador*, y otras impropiedades de este tamaño, que no solo manifiestan de á legua la ignorancia de los escribientes, sino lo abandonado de la policía de la capital en esta parte.

¿Qué juicio tan mezquino formará un extranjero de nuestra ilustracion cuando vea semejantes despilfarros escritos y consentidos públicamente, no ya en un pueblo, sino nada ménos que en México, en la capital de las Indias Septentrionales, y á vista y paciencia de tanta respetable autoridad, y de un número de sabios tan acreditados en todas sus facultades? ¿Qué ha de decir, ni qué concepto ha de formar, sino de que el comun del pueblo (y eso si piensa con equidad) es de lo más vulgar é ignorante, y que está enteramente desatendido el cuidado de su ilustracion por aquellos á quienes está confiada?

Seria de desear que no se permitiera escribir estos públicos barbarismos que contribuyen no poco á desacreditarnos. (1)

Pues aún no es esto todo lo malo que hay en el particular, porque es una lástima ver que este defecto de ortografía se estiende á muchas personas de fina educacion, de talentos no vulgares, y que tal vez han pasado su juventud en los colegios y universidades, de manera que no es raro oir un bello discurso á un orador, y notar en este mismo discurso escrito por su mano, sesenta mil defectos ortográficos; y á mí me parece que esta falta se debe atribuir á los maestros de primeras letras, que ó miran este punto tan principal de la

(1) En todas partes se ha quejado el buen gusto de los insultos que le ha hecho la barbarie. Hablando sobre esto mismo D. Antonio Pouz, en sus viajes fuera de España, con relacion á iguales barbarismos que notó públicamente escritos en su patria, celebra la policía de muchas ciudades de Europa, en las que vió escritos los rótulos públicos con la mayor exactitud ortográfica y curiosidad calográfica; proponiendo á sus paisanos estos modelos de ilustracion, con el deseo de que los imitaran, que es el mismo que nos anima á la presente,

escritura como mera curiosidad, ó como requisito no necesario, y por eso se descuidan de enseñarlo á sus discípulos, ó enteramente lo ignoran, como mi maestro, y así no lo pueden enseñar.

Ya vdes. verán ¡qué aprenderia yo con un maestro tan hábil? Nada seguramente. Un año estuve en su compañía, y en él supe leer de *corrido*, segun decia mi cándido preceptor, aunque yo leia hasta galopado; porque como él no reparaba en niñerías de enseñarnos á leer con puntuacion, saltábamos nosotros los puntos, paréntesis, admiraciones y demás cositas de estas con más ligereza que un gato; y esto nos celebraban mi maestro y otros sus iguales.

Tambien olvidé en pocos dias aquellas tales cuales máximas de buena crianza que mi padre me habia enseñado en medio del sentimiento de mi madre; pero en cambio de lo poco que olvidé, aprendí otras cosillas de gusto, como (v. gr.) ser desvergonzado, mal criado, pleitista, tracalero, hablador y jugadoreillo.

La tal escuela era, á más de pobre, mal dirigida: con esto solo la cursaban los muchachos ordinarios, con cuya compañía y ejemplo, ayudado del abandono de mi maestro y de mi buena disposicion para lo malo, salí aprovechadísimo en las gracias que os he dicho. Una de ellas fué el acostumbrarme á poner malos nombres, no solo á los muchachos mis condiscípulos, sino á cuantos conocidos tenia por mi barrio, sin esceptuar á los viejos más respetables. ¡Costumbre ó corruptela indigna de toda gente bien nacida! pero vicio casi generalmente introducido en las más escuelas, colegios, cuarteles y otras casas de comunidad; y vicio tan comun en los pueblos, que nadie se libra de llevar su mal nombre á retaguardia. En mi escuela se nos olvidaban nuestros nombres propios para llamarnos con los injuriosos que nos poniamos. Uno se conocia por el tuerto, otro por el corcobado, éste por el lagañoso, aquel por el roto. Quien habia que entendia muy bien por loco, quien por burro, quien por guajolote, y así todos.

Entre tantos padrinos no me habia yo de quedar sin mi pronom-

bre. Tenia cuando fuí á la escuela una chupita verde y calzon amarillo. Estos colores, y el llamarme mi maestro algunas veces por cariño *Pedrillo*, facilitaron á mis amigos un mal nombre, que fué *Periquillo*; pero me faltaba un adjetivo que me distinguiera de otro *Perico* que habia entre nosotros, y este adjetivo ó apellido no tardé en lograrlo. Contraje una enfermedad de sarna, y apénas lo advirtieron, cuando acopiándose de mi legítimo apellido me encajaron el retumbante título de *Sarniento*, y héme aquí ya conocido no solo en la escuela ni de muchacho, sino ya hombre y en todas partes, por *Periquillo Sarniento*.

Entónces no se me dió cuidado, contentándome con corresponder á mis nombradores con cuantos apodos podia; pero cuando en el discurso de mi vida eché de ver qué cosa tan odiosa y tan mal vista es tener un mal nombre, me daba á Barrabás, reprochaba este vicio y llenaba de maldiciones á los muchachos; mas ya era tarde.

Sin embargo, no dejarán de aprovecharos estas lecciones, para que á vuestros hijos jamás les permitais poner nombres, advirtiéndoles, que esta burda manía, cuando ménos, arguye un nacimiento ordinario y una educacion muy grosera; y digo cuando ménos, porque si no se hace por mera corruptela y chanzoneta, sino que estos nombres son injuriosos de por sí, ó se dicen con ánimo de injuriar, entónces prueban en el que los pone ó los dice, una alma baja ó corrompida, y será pecaminosa la tal corruptela, de más ó ménos gravedad segun el espíritu conque se use.

Entre los romanos fué costumbre conocerse con sobrenombres que denotaban los defectos corporales de quien los tenia: así se distinguieron los *Cocles*, los *Manos largas*, los *Cicerones*, los *Nasones* y otros; pero lo que entónces fué costumbre adoptada para inmortalizar la memoria de un héroe, hoy es grosería entre nosotros. Las leyes de Castilla imponen graves penas á los que injurian á otros de palabra, y el mismo Cristo dice que *será reo del fuego eterno el que le dijere á su hermano tonto ó fátuo*.

Y si aún con los iguales debemos abstenernos de este vicio, ¿qué será respecto á nuestros mayores en edad, saber y gobierno? Y á pesar de esto ¿cuál es el superior, sea de la clase ó carácter que sea, que no tenga su mal nombre en la comunidad ó en el pueblo que gobierna? Pues este es un osado atrevimiento, porque debemos respetarlos en lo público y en lo privado.

Solo el ser viejo ya es un motivo que debe ejercitar nuestro respeto. Las canas revisten á sus dueños de cierta autoridad sobre los mozos. Tan conocida ha sido esta verdad y tan antigua, que ya en el Levítico se lee: *reverencia la persona del anciano, y levántate á la presencia de los que tienen canas.* Aun á los mismos paganos no se ocultó la justicia de este respeto. Juvenal nos dice: *que hubo tiempo en que se tenia por un crimen digno de muerte, que no se levantara un jóven á la presencia de un viejo, ó un niño á la de un hombre barbado.* [1] Entre los Lacedemonios se mandaba que los niños reverenciaran públicamente á los ancianos, y les cedieran el lugar en todas ocasiones.

¿Qué dijeran estos antiguos si vieran hoy á los muchachos burlarse de los pobres viejos á merced de su cansada edad? Cuarenta y dos muchachos perecieron en los brazos y dientes de dos osos: ¿y por qué? porque se burlaron del profeta Eliséo gritándole *calco.* ¡Oh qué bueno fuera que siempre hubiera un par de osos á la mano para que castigaran la insolencia de tanto muchacho atrevido y mal criado que crecen entre nosotros!

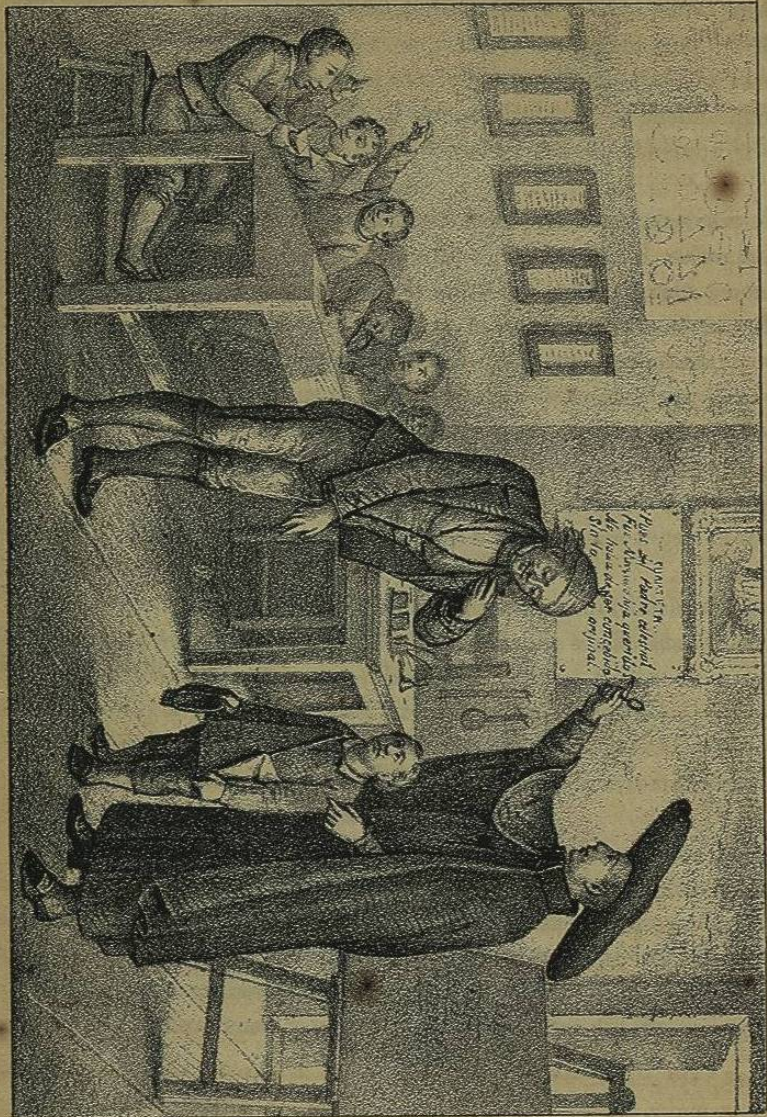
No digo á los viejos; pero ni á los asimplados ó dementes se debe burlar por ningun caso. El defecto espiritual de estos infelices debe servir para dar gracias al Criador de que nos ha librado de igual fatalidad: debe contener nuestra soberbia, haciéndonos reflexionar que mañana ú otro dia podemos padecer igual trastorno, como que somos de la misma masa, y por último, debe escitar nuestra compa-

(1) Sat. III.

sion hácia ellos, por que el miserable trae en su misma miseria una carta de recomendacion de Dios para sus semejantes. Ved, pues, y qué crueldad no será el burlarse de cualquiera de estos pobrecillos, en vez de compadecerlos y socorrerlos como debia ser. Aprended todo esto para inspirarlo á vuestros hijos, y no tengais por importunas mis digresiones.

Volviendo á mis adelantamientos en la escuela, digo que fueron ningunos, y á sí hubiera sido siempre, si un impensado accidente no me hubiera librado de mi maestro. Fué el caso: que un dia entró un padre clérigo con un niño á encomendarlo á su direccion: despues que hubo contestado con él, al despedirse observó el versito que os he dicho, lo miró atentamente, sacó un anteojo, lo volvió á leer con él, procuró limpiar las interrogaciones y la coma que tenia el *no*, creyendo fuesen suciedades de moscas; y cuando se hubo satisfecho de que eran caracteres muy bien pintados, preguntó: ¿quién escribió esto? A lo que mi buen maestro respondió diciendo: que él mismo lo habia escrito y que aquella era su letra. Indignése el eclesiástico y le dijo: y vd. ¿qué quiso decir en esto que ha escrito? Yo, padre, respondió mi maestro tartamudeando, lo que quise decir es: que María Santísima fué concebida en gracia original, porque fué la Hija querida de Dios Padre. Pues amigo, repuso el clérigo, vd. eso querria decir; más aquí lo que se lee es un disparate escandaloso; pero pues solo es efecto de su mala ortografía, tome vd. el palo del tintero ó todos sus algodones juntos, y borre ahora mismo y ántes que me vaya este verso perversamente escrito, y si no sabe usar de los caracteres ortográficos, no los pinte jamás, pues ménos malo será que sus cartas y todo lo que escriba lo fie á la discrecion de los lectores, sin gota de puntuacion, que no que por hacer lo que no sabe escriba injurias ó blasfemias como la presente.

El pobre de mi maestro todo corrido y lleno de vergüenza borró el verso fatal, delante del padre y de nosotros. Luego que concluyó su tácita retractacion, prosiguió el eclesiástico: me llevo á mis so-



¿Quién escribió esto? A lo que mi buen maestro respondió diciendo que él lo habia escrito.

brinos porque él es un ciego por su edad, y vd. otro ciego por su ignorancia: y si un ciego es el lazarrillo de otro ciego, ya vd. habrá oído decir que los dos van á dar al precipicio, vd. tiene buen corazón y buena conducta; mas estas cualidades de por sí no bastan para ser buenos padres, buenos ayos ni buenos maestros de la juventud. Son necesarios requisitos para desempeñar estos títulos, *ciencia, prudencia, virtud y disposición*, vd. no tiene mas que virtud, y ésta solo lo hará bueno para mandadero de monjas ó sacristan, no para director de niños. Con que procure vd. solicitar otro destino, pues si vuelvo á ver esta escuela abierta, avisaré al maestro mayor para que le recoja á vd. las licencias si las tiene. Adios. ¿Consideren vdes., cómo quedaria mi maestro con semejante panegírico? Luego que se fué el padre clérigo, se sentó y reclinó la cabeza sobre sus brazos, lleno de confusion y guardando un profundo silencio.

Ese día no hubo planas, ni lección, ni rezo, ni doctrina, ni cosa que lo valiera. Nosotros participamos de su pesadumbre é hicimos el duelo á su tristeza en el modo que pudimos, pues arrinconamos las planas y los libros, y no osamos levantar la voz para nada. Bien es, que por no perder la costumbre, retozamos y charlamos en secreto hasta que dieron las doce, á cuya primera campanada volvió mi maestro en sí: rezó con nosotros, y luego que nos echó su bendición, nos dijo con un tono bastante tierno: “Hijos míos: yo no trato de proseguir en un destino que léjos de darme que comer, me da disgusto. Ya habeis visto el lance que me acaba de pasar con ese padre. Dios le perdone el mal rato que me ha dado; pero yo no me expondré á otro igual, y así no vengais á la tarde: avisad á vuestros padres que estoy enfermo y ya no abro la escuela. Con que hijos, vayan norabuena y encomiéndenme á Dios.”

No dejamos de afligirnos algun tanto, ni dejaron nuestros ojos de manifestar nuestro pesar. porque en efecto, sentiamos á mi maestro como que magüer tontos, conociamos que no podiamos encontrar maestro más suave si lo mandábamos hacer de mantequilla ó mazapan; pero en fin nos fuimos.

Cada muchacho haria en su casa lo que yo en la mia, que fué contar al pié de la letra todo el pasaje, y la resolución de mi maestro de no volver á abrir la escuela.

Con esta noticia tuvo mi padre que solicitarme nuevo maestro, y lo halló al cabo de cinco dias. Llevóme á su escuela y entregóme bajo su terrible férula.

¡Qué inestable es la fortuna en esta vida! Apenas nos muestra un dia su rostro favorable, para mirarnos con ceño muchos meses. ¡Válgame Dios, y cómo conocí esta verdad en la mudanza de mi escuela! En un instante me ví pasar de un paraíso á un infierno, y del poder de un ángel al de un diablo atormentador. El mundo se me volvió de arriba abajo.

Este mi nuevo maestro era alto, seco, entrecano, bastante bilioso é hipocondriaco, hombre de bien á toda prueba, arrogante lector, famoso pendolista, aritmético diestro y muy regular estudiante; pero todas estas prendas las deslucia su genio tétrico y duro.

Era demasiado eficaz y escrupuloso. Tenia muy pocos discípulos, y á cada uno consideraba como el único objeto de su instituto. ¡Bello pensamiento si lo hubiera sabido dirigir con prudencia! pero unos pecan por uno y otros por otro extremo donde falta aquella virtud. Mi primer maestro era nimiamente compasivo y condescendiente; y el segundo era nimiamente severo y escrupuloso. El uno nos consentia mucho; y el otro no nos disimulaba lo más mínimo. Aquel nos acariciaba sin recato; y éste nos martirizaba sin caridad.

Tal era mi nuevo preceptor, de cuya boca se habia desterrado la risa para siempre, y en cuyo cetrino semblante se leia toda la gravedad de un Areopagita. Era de aquellos que llevan como infalible el cruel y vulgar axioma de que *la letra con sangre entra*, y bajo este sistema, era muy raro el dia que no nos atormentaba. La disciplina, la palmeta, las orejas de burro y todos los instrumentos punitivos, estaban en continuo movimiento sobre nosotros; y yo,

que iba lleno de vicios, sufría más que ninguno de mis condiscípulos los rigores del castigo.

Si mi primer maestro no era para el caso por indulgente, éste lo era ménos por tirano: si aquel era bueno para mandadero de monjas, éste era mejor para cochero ó mandarin de obrajes.

Es un error muy grosero pensar que el temor puede hacernos adelantar en la niñez si es excesivo. Con razon decia Plinio que *el miedo es un maestro muy infiel*. Por milagro acertará en alguna cosa el que la emprenda prevenido del miedo y del terror; el ánimo conturbado, decia Ciceron, no es á propósito para desempeñar sus funciones. Así me sucedia, que cuando iba ó me llevaban á la escuela, ya entraba ocupado de un temor imponderable, con esto mi mano trémula y mi lengua balbuciente ni podia formar un renglon bueno, ni articular una palabra en su lugar. Todo lo erraba, no por falta de aplicacion sino por sobra de miedo. A mis yerros seguian los azotes, á los azotes más miedo, y á más miedo más torpeza en mi mano y en mi lenga, la que me grangeaba más castigo.

En este círculo horroroso de yerros y castigo viví dos meses bajo la dominacion de aquel sátrapa infernal. En este tiempo, ¡qué diligencias no hizo mi madre, obligada de mis quejas, para que mi padre me mudara de escuela! ¡qué disgustos no tuvo! ¡y qué lágrimas no le costó! pero mi padre estaba inexorable, persuadido á que todo era efecto de su consentimiento, no queria en esto condescender con ella, hasta que por fortuna fué un dia á casa de visita un religioso que ya tenia noticia del pan que amasaba el señor maestro susodicho, y ofreciéndose hablar de sus crueldades, peroró mi madre con tanto ahinco, y atestiguó el religioso con tanta solidez á mi favor, que convencido mi padre, se resolvió á ponerme en otra parte, como vereis en el capítulo que sigue.

CAPITULO III

En el que Periquillo describe su tercera escuela, y la disputa de sus padres sobre ponerlo á oficio.

LEGO el aplazado dia en que mi padre acompañado del buen religioso determinó ponerme en la tercera escuela. Iba yo cabizbajo, lloroso y lleno de temor, creyendo encontrarne con el segundo tomo del viejo cruel, de cuyo poder me acababan de sacar; sin embargo de que mi padre y el reverendo me ensanchaban el ánimo á cada paso.

Entramos por fin á la nueva escuela; pero, ¡cuál fué mi sorpresa cuando ví lo que no esperaba ni estaba acostumbrado á ver! Era una sala muy espaciosa y aseada, llena de luz y ventilacion, que no embarazaban sus hermosas vidrieras: las pautas y muestras colocadas á trechos, eran sostenidas por unos genios muy graciosos que en la siniestra mano tenian un feston de rosas de la más halagüeña y exquisita pintura. No parece sino que mi maestro habia leído el sabio Blanchard en su *escuela de las costumbres*, y que pretendió realizar los proyectos que apunta dicho sabio en esta parte, porque la sala de la enseñanza rebosaba luz, limpieza, curiosidad y alegría.

Al primer golpe de vista que recibí con el agradable exterior de la escuela, se rebajó notablemente el pavor con que habia entrado, y me serené del todo cuando ví pintada la alegría en los semblantes de los otros niños, de quienes iba á ser compañero.

Mi nuevo maestro no era un viejo adusto y saturnino, segun yo me lo habia figurado; todo lo contrario: era un semijóven como de treinta y dos á treinta y tres años, de un cuerpo delgado y de regu-